

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA NOVELA «PAX»

1. EL ESCÁNDALO DE UNA NOVELA DE CRÍTICA SOCIAL

Pax es indudablemente una de las novelas más representativas de la literatura colombiana. Publicada, por primera vez en Bogotá, en 1907, fue escrita entre 1901 y 1906 por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot. Los investigadores más autorizados de nuestra literatura nacional están de acuerdo en que la obra fue planeada y desarrollada por ambos escritores y que cada uno de ellos tuvo su parte destacada en la redacción de los capítulos de la misma, aunque en las primeras ediciones que se hicieron figuró como autor principal, en la carátula respectiva, el señor Marroquín. La participación de Rivas Groot aparece registrada, en esas primeras ediciones, en nota al dorso y en la carta que aquel le envió a éste, dándole cuenta de su propósito de publicarla y de algunas modificaciones al plan general y a la obra misma, tales como la supresión de algunos capítulos, la elaboración de otros nuevos y algunas modificaciones menores, novedades éstas que no le fueron consultadas previamente a Rivas Groot. El señor Marroquín, tal como lo da a entender en la carta mencionada, tenía cierto interés en que *Pax* fuera publicada, sin mayores dilaciones, para lo cual le dio término a la obra, en forma un tanto apresurada, sin contar con el consentimiento ni la colaboración de su compañero de empresa intelectual, quien por esa época desempeñaba el Ministerio de Instrucción Pública y quien, además, hubiera preferido trabajar y pulimentar un poco más la célebre novela, fiel a sus delicadas dotes de poeta y de verdadero artista de la palabra escrita. El hecho

de ocupar el alto cargo, seguramente impidió a Rivas Groot dedicar el tiempo necesario para la culminación de la novela, fuera de que, como es obvio, aquellas circunstancias no eran las más propicias para su publicación, por tratarse de una obra de crítica social y política.

Queda en claro, pues, que la obra es fruto de ambos, sin que pueda darse prelación a ninguno de ellos, o hablarse de "autoría principal" para el primero y de simple "colaboración" para el segundo. Las cosas han quedado en su verdad, especialmente con la publicación que de la obra ha hecho recientemente el Círculo de Lectores de Bogotá (1986), en donde aparecen en carátula los dos nombres de sus autores, además del prólogo de Germán Arciniegas y de los magníficos "Datos para la historia de *Pax* y sus autores", provenientes de la autorizada pluma del académico José Manuel Rivas Sacconi.

Tal como se preveía, la publicación de *Pax* originó un verdadero escándalo social, con la consiguiente polémica proyectada en la prensa y la rápida venta de dos ediciones sucesivas, en menos de dos meses, hecho éste verdaderamente insólito en la vida de una pequeña ciudad de costumbres austeras y provincianas, como lo era el Bogotá de aquel entonces.

Don Lorenzo Marroquín, uno de los autores de la obra y promotor de su primera edición, era además un personaje político de suyo bien controvertido y hasta rechazado por buena parte de la opinión pública. O como diría don Tomás Rueda Vargas, con cierto eufemismo de corte santafereño: un personaje que "gozó de la más sólida impopularidad entre sus conciudadanos"¹. Individuo de excelente cultura, de porte distinguido y arrolladora personalidad, con brotes un tanto ególatras y prepotentes, tal como nos lo dibujan algunos de sus contemporáneos, era hijo del también controvertido político y celebrado literato don José Manuel Marroquín, quien, siendo presidente de la república, vio

¹ Ver TOMÁS RUEDA VARGAS, «*La Sabana*» y otros escritos del campo, de la ciudad y de sí mismo, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977.

desmembrarse el suelo patrio, en noviembre de 1903, con la separación de Panamá, debida no solamente al apoyo interesado y violento de los Estados Unidos de América (me refiero a la presencia de los marines en el puerto de Colón y a sus amenazas fulminantes) y a la situación caótica que había dejado en el país la reciente guerra civil, sino a la negligencia e ineptitud de este desafortunado gobernante². Ciertamente bajo el gobierno del señor Marroquín, su hijo don Lorenzo, coautor de la obra que comentamos, fue personaje bien visible en muchos de sus episodios políticos y su nombre también aparece vinculado con algunos hechos y circunstancias que la opinión pública rechazó en su momento y que la historia ha recogido en sus páginas con caracteres de permanencia. Tal fue el caso, por ejemplo, del nombramiento de don José de Obaldía como gobernador del entonces departamento de Panamá, a sabiendas de que éste individuo era uno de los más caracterizados partidarios de la separación e independencia del mismo, y al cual don Lorenzo terminó por imponer, sin parar mientes en todas las advertencias que la opinión pública, distinguidos jefes de los partidos políticos tradicionales y buena parte de la prensa nacional hicieron con todo el énfasis necesario para impedirlo. Pero en esto, como en tantas otras cosas que sucedieron en aquel gobierno del distinguido literato, pesó más el capricho y la voluntad de don Lorenzo, a quien esa misma opinión pública resolvió llamarlo irónicamente “el hijo del ejecutivo”, para significar con tal apelativo no solamente sus vinculaciones de sangre con el presidente de la república, sino sus estrechos lazos con su propia gestión de gobernante. Todo ello, su funesta influencia en el gobierno de su padre, su inmenso poder de “gobernante detrás del trono”, que lo hicieron árbitro decisivo en la adjudicación de discutibles contratos administrativos, su amistad estrecha con el tristemente célebre Aristides Fernández, la persona más repudiada en su época

² Ver EDUARDO SANTA, *Rafael Uribe Uribe: un hombre y una época*, 4ª ed., Medellín, Editorial Bedout, 1974.

por todo un partido político, debido a su fanatismo y a su crueldad, hicieron de don Lorenzo Marroquín, además de su fuerte carácter de aristócrata prepotente, un personaje controvertido y polémico, aunque de buen recibo en los altos círculos sociales de aquella sociedad cerrada y en la que los privilegios propios de la clase dominante pesaban demasiado en la escala de las valoraciones humanas.

Si a ésta circunstancia especial, de ser su autor visible una persona de tan compleja personalidad como de tan reluctantante imagen política, se agrega que la novela *Pax* se refiere a un acontecimiento tan debatido como nuestra última guerra civil colombiana, la de los Mil Días (1899-1902), es fácil entender la razón por la cual armó tanto escándalo en su época y por qué, de igual modo, la crítica literaria nacional, tan precaria y acomodaticia, tan cautelosa en ocasiones y tan inveteradamente movida por el amiguismo y el enemiguismo, no la ha colocado, hasta ahora, en el sitio destacado que justicieramente le corresponde. En realidad, el escándalo que produjo su publicación fue mayúsculo, si agregamos que casi todos los personajes de la novela eran conocidas y prestantes figuras de la vida social y política que, aunque aparecen con nombres supuestos, la opinión pública no tardó en descubrir, lo cual no era difícil, dados los firmes trazos psicológicos que los caracterizan y las actividades en que se ven involucrados. Esa misma opinión, siempre anhelante de encontrar víctimas, con razón o sin ella, buscó afanosamente a quienes aparecían signados con el estigma de los peores vicios y defectos, para señalarlos, con mano inquisidora, y ponerlos en la picota del ridículo. De tal manera que con la novela *Pax* ha sucedido, como era de esperarse, en un medio tan estrecho como el nuestro, que los enconos y resentimientos que suscitó su salida se han prolongado a través de los tiempos, alimentados celosamente por los partidos políticos y por los descendientes de los personajes que sufrieron el latigazo y la burla de sus autores.

Es indudable que los autores de *Pax* tuvieron como mira principal hacer una crítica dura e implacable a nuestras

guerras civiles, tan frecuentes durante el siglo pasado, tomando como modelo la última de ellas, como ya se dijo, la cual dejó en ruinas a toda la nación. Fueron, en realidad, tres años en que liberales y conservadores se trenzaron en combates encarnizados, en los que el valor personal y el heroísmo de los combatientes rivalizó con la crueldad sin límites. Poblaciones y aldeas convertidas en cenizas; campos arrasados, cubiertos de cadáveres de hombres, mujeres, ancianos y niños; todo un país destruido, reducido a escombros físicos y morales, sobre cuya debilidad y desamparo pondría su guerra imperialista, con su agresiva política del *big stick*, el soberbio mandatario norteamericano que solía regocijarse ante el mundo entero con su famosa frase *I took Panamá*³. Pero, lejos de ser *Pax* una novela objetiva e imparcial, es un soterrado ataque, una crítica bastante unilateral a una sola de nuestras agrupaciones políticas, a la cual presenta como causante de la guerra, y a sus jefes políticos y militares más conocidos, que en la novela están representados por los generales Floro Landáburo y Tubalcaín Cardozo, que toda la opinión pública señaló, de inmediato, como grotescas caricaturas de los generales Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera, los dos jefes más conotados de la revolución liberal. Nos parece que éste último personaje de la novela, por sus características señaladas en la misma, tiene también un poco del general Avelino Rosas, quien, además de ser uno de los más caracterizados revolucionarios liberales, luchó en Cuba, al lado de Maceo, por la independencia de ese país⁴.

Pero no solamente ellos aparecen en la picota pública, como ambiciosos caudillos, con ansias de poder irrefrenable, y como enemigos de la religión, de los principios éticos y morales de aquella sociedad, sino que a su elenco habría que agregar otros, de igual naturaleza, como el general Polanco, posiblemente Gabriel Vargas Santos, y el intrigante agitador Escipión Socarraz, deleznable representación del periodista

³ *Ibidem.*

⁴ *Ibidem.*

José Ignacio Gálvez. La nómina de estos anti-héroes, plasmados en la obra con el barro de sus presuntas fallas humanas, podría resultarnos bien larga. Y frente a ellos, por contraste, también se mueven los próceres de la misma, representados por el general Pedro Alcántara Ronderos, Alejandro Borja y Roberto Ávila, principalmente, en quienes esa misma opinión pública descubrió fácilmente a los generales gobiernistas Pedro Nel Ospina, Alejandro Urdaneta y Roberto de Narváez, respectivamente. Aunque la mayor parte de los personajes que Marroquín y Rivas ponen a mover en su ingeniosa novela son hibridaciones, es decir, mezcla de varios personajes en uno solo, hay algunos tan fuertemente caracterizados, que nadie pudo dudar, en su momento, de quiénes se trataba. Tal es el caso de Landáburu, ya dicho, como el de Ramón Montellano, que representa a Pepe Sierra, y el del doctor y presbítero Miranda, que no es otro que Carlos Cortés Lee, distinguido prelado católico y gran orador sagrado de su época ⁵.

La obra, pues, infortunadamente, obedece a un conocido esquema, bastante criticado dentro de la técnica novelística: la lucha entre buenos contra malos, de ángeles contra demonios. Esta circunstancia le quitó, en su momento, validez como crítica social, y se volvió contra don Lorenzo Marroquín, autor visible de la obra en sus primeras ediciones, quien en cierta forma era el menos calificado para criticar la guerra que su padre no quiso terminar, pese a las generosas propuestas de Uribe Uribe y de otros jefes revolucionarios, y a la que él mismo coadyuvó en forma ostensible, dándole parte de su poder congénito a personaje tan funesto como el ya citado Aristides Fernández, censurado duramente no solo por los miembros del partido liberal, que estaba alzado en armas, sino por un número muy considerable de conservadores, que no transigieron en ningún momento con la iniquidad de los pro-

⁵ Ver José J. ORTEGA TORRES, "Anotaciones bibliográficas sobre don José María Rivas Groot", en *Páginas escogidas*, de JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT, Bogotá, Gráficas Salesianas, 1943.

cedimientos vesánicos de aquel⁶. Por esta misma causa, esos distinguidos conservadores fueron perseguidos por Fernández y ridiculizados, más tarde, por Marroquín, en su novela, presentándolos como aliados del general Landáburu, y designándolos irónicamente con el apelativo de 'los íntegros'. Tal fue el caso de Carlos Martínez Silva, representado en Sánchez Méndez; Marco Fidel Suárez, en el doctor Alcón; Francisco Javier Vergara, en Karlonoff; Rafael María Malo, en Peñanegra; Leonidas Posada Gaviria, en González Mogollón; Manuel Antonio Sanclemente, en Francisco de Paula Sanmartín. Estos personajes, de la vida real, eran desafectos al gobierno de don José Manuel Marroquín, según lo pudo investigar el autor de éste trabajo, y el último de ellos, el doctor Sanclemente, fue ciertamente el presidente derrocado por los amigos de don José Manuel, la nefanda noche del 31 de julio de 1900, en el curso de esa guerra civil que tanto vapula don Lorenzo, uno de sus instigadores⁷.

Pero no solo en materia política mostraron sus desafectos los autores de *Pax*, pues en materia literaria también erigieron banquillo para colocar allí a sus víctimas: la opinión pública descubrió en el poeta S. C. Mata a los insignes bardos José Asunción Silva y Guillermo Valencia, en curiosa mezcla, y hasta un notable crítico norteamericano de nuestros días, el profesor Donald Mc Grady, ha creído ver en Aura del Campo la caricatura de nuestra novelista Soledad Acosta de Samper, líder feminista y seguramente la escritora colombiana más notable de todo el siglo diecinueve⁸. En el caso del poeta Mata, personaje de *Pax*, don José María Rivas Groot le atribuyó estupendas parodias, entre otras, del famoso *Nocturno* de Silva y del poema *Palemón el estilista* de Valencia, dando a entender con ello que la crítica se dirigía

⁶ Ver EDUARDO SANTA, *Rafael Uribe Uribe: un hombre y una época*, 4ª ed., Medellín, Editorial Bedout, 1974.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Ver DONALD MC GRADY, *Sobre una alusión literaria en la novela "Pax"*, separata de la *Revista Iberoamericana* (Pittsburg), XXIX, núm. 55 (enero-junio de 1963).

principalmente a todos los modernistas y parnasianos. En realidad, en aquel momento histórico, la pugna de escuelas y tendencias se había entablado fuertemente entre los románticos y aquellos. No cabe la menor duda de que la crítica de los autores de *Pax* era más contra las nuevas escuelas y modas literarias, pues en verdad José Asunción Silva, para la época en que fue escrita la novela, hacía ya más de cinco años se había suicidado y Valencia apenas era un joven que acababa de publicar su primer libro de versos, aunque tanto aquel como éste ya eran ampliamente conocidos en el panorama de la literatura hispanoamericana⁹.

2. UNA NOVELA ESCRITA A CUATRO MANOS

Dejando de lado este aspecto de *Pax*, como novela de crítica social y política, pasemos ahora a referirnos a otros tópicos de la misma, particularmente a su significación y representatividad en el campo literario. Pero primero veamos quiénes eran Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot en las letras nacionales.

LORENZO MARROQUÍN (Bogotá, 1856 - Londres, 1918) fue un asiduo cultivador de la literatura y de la historia y se le conoce como autor de algunos trabajos de cierta importancia, en estos campos, como los poemas *La cosecha*, *El tiple*, *El dos de noviembre* y a *La Virgen de Lourdes*, además de artículos de crítica literaria y política que, con posterioridad a su muerte, fueron compilados y dados a la luz pública por amigos y familiares del mismo. Su estilo literario, a juzgar por los capítulos que escribió para *Pax*, es ágil, directo, ameno y de una ironía sutil, pero cortante como la hoja de una cuchilla de afeitar. Condición ésta que encontramos con frecuencia en los escritores bogotanos de su época y que, al parecer, fue propia del espíritu chispeante y crítico de los habitantes de la capital,

⁹ José Asunción Silva se suicidó el 24 de mayo de 1896; Guillermo Valencia publicó *Ritos*, en 1899.

hasta en su peculiar manera de hablar, matizada de “calambures”, ingeniosos juegos de palabras y observaciones rápidas sobre las personas y las circunstancias, donde el ingenio y la malicia corren parejos y se deslizan en la conversación con el brillo de los relámpagos y las repercusiones del trueno. Pero, tal como lo señaló el gran filólogo Marco Fidel Suárez en su análisis gramatical sobre *Pax*, está salpicada de incorrecciones que, a nuestro modo de ver, no le restan ni gracia, ni interés, ni colorido, a toda la obra¹⁰.

De otra parte, la acerva crítica de Suárez a la novela *Pax*, obedeció principalmente al hecho de que el eminente filólogo fue caracterizado en la obra en uno de los personajes más repulsivos, como es el famoso doctor Alcón, burócrata zalamero, traidor y venal, a quien solo le importan sus triunfos personales, gracias a sus intrigas, por encima de los principios de su causa política. Tan injusta e irreverente es esta caricatura literaria de Suárez, como la que se le hace a Uribe Uribe, personajes ambos de gran rectitud moral y verdaderas glorias del pensamiento colombiano. Cabe recordar aquí que don Marco Fidel Suárez, siendo ministro de Instrucción Pública, el 31 de julio de 1900, dejó una valerosa y enérgica protesta, en el libro de posesiones, al retirarse del cargo, por el golpe dado aquel día, por los amigos políticos de don José Manuel Marroquín, contra el presidente Sanclemente, a quien derrocaron y redujeron a prisión, para sustituirlo por aquel.

JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT (Bogotá, 1864 - Roma, 1923), al contrario de Marroquín, gozó en su época de un gran aprecio como ciudadano y caballero a carta cabal, por sus maneras finas y discretas, y por el brillo de su gran talento de poeta y escritor. Aunque también cultivó el cuento, el ensayo, el teatro y la novela, se le conoce y se le aprecia más como poeta, especialmente por su famoso poema *Constelaciones*, ampliamente difundido en casi todas las antologías del género que

¹⁰ Ver MARCO FIDEL SUÁREZ, *Análisis gramatical de “Pax”, por un sobrino de don Ramón González Mogollón*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1907. También puede verse en *Obras de MARCO FIDEL SUÁREZ*, tomo I, publicadas por el Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1958.

se han publicado en Colombia. Como historiador, nos dejó obras de señalada importancia, como las que dedica a la vida y obra de don Gonzalo Jiménez de Quesada y al Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII, que le llevaron a ocupar la presidencia de nuestra Academia Colombiana de Historia. En vida publicó varias obras, tales como *La Lira Nueva*, *Páginas de historia de Colombia 1810-1910*, *Victor Hugo en América*, y las novelas *Resurrección* y *El triunfo de la vida*, traducidas, al igual que *Pax* y *Lo irremediable*, a otros idiomas. Aunque de temperamento muy opuesto al de Marroquín, su amistad con éste debió ser muy grande, y sus afinidades literarias muy estrechas, por cuanto escribieron en colaboración las dos últimas citadas.

La novela *Pax* fue planeada y diseñada por ambos y sus personajes salieron de su común acuerdo, a tal punto que frecuentemente solían reunirse los fines de semana en el ya legendario Castillo Marroquín de las inmediaciones de Chía, construido por don Lorenzo a fines del pasado siglo, con el propósito de discutir no solamente los detalles de la trama sino los capítulos que cada cual iba redactando, de acuerdo con los esquemas convenidos. Solo que don Lorenzo decidió darle término y publicarla por su cuenta, no sin antes suprimir algunos capítulos, modificar otros y agregar unos pocos nuevos, tal como él mismo lo confiesa en carta dirigida a Rivas Groot el 31 de marzo de 1907, la cual se incluye en las notas de este trabajo¹¹. Pero para esa época de la publicación de *Pax*,

¹¹ La carta de don Lorenzo Marroquín a Rivas Groot, fechada el 31 de marzo de 1907, dice: "Querido Rivas: El 17 de septiembre de 1906 le comuniqué haber terminado, rehecho y enviado a la imprenta la novela principiada en colaboración con U. hace tiempo y que había quedado inconclusa y en estado embrionario ... Hoy tengo el gusto de remitirle el primer ejemplar que sale de la prensa (el último pliego en pruebas todavía) por donde verá que a pesar de que no hay capítulo ninguno que no tenga incidentes nuevos, modificaciones más o menos profundas, supresiones y cambios más o menos sustanciales, el plan general de la obra y los caracteres se han conservado tal y como los combinamos y los diseñamos juntos ... Hallará U., además, bastantes capítulos suprimidos, refundidos otros, algunos, especialmente los veinte últimos, en que no queda sino el esqueleto, la disposición o frases de la redacción primitiva. Tales son: La garra del águila, Horrores de la paz, El Olmo y la Hiedra, Chispas, Crepúsculos, El Río, un telegrama en Clave,

las relaciones personales entre los dos autores ya estaban bastante deterioradas, tal como lo expresa con plena autoridad el crítico literario y sacerdote muy eminente José J. Ortega Torres cuando dice: "Sabemos también que por los días de la publicación de la obra, ya se habían enfriado las relaciones entre los dos autores, para romperse luego de modo definitivo, y por causas que no hemos podido precisar, pero fáciles de suponer en caracteres nerviosos e irascibles, como eran los de ambos"¹². ¿Tendrá algo qué ver esta ruptura con la inesperada y sorprendente publicación de *Pax*, por parte de Marroquín, sin contar con el debido consentimiento de Rivas Groot, y sobre todo con las modificaciones hechas unilateralmente por aquél? ¿Hasta qué punto puede ser responsable Rivas Groot, en la creación de personajes que don Lorenzo Marroquín modificó, retocó y seguramente exageró en sus comportamientos, o puso en boca de ellos juicios inconvenientes, sin contar con la aprobación de su antiguo compañero de aventura literaria?

Difícil ha sido para los estudiosos de *Pax* poder establecer con precisión la colaboración de Rivas Groot en la totalidad de la obra, en su estructura general, en cada uno de los capítulos sometidos a discusión, fuera de lo señalado en la carta escrita por Marroquín, ya citada, y la cual aparece en algunas ediciones de la obra. Sin embargo, se trata de dos estilos diferentes, de dos maneras de enfocar la vida, de dos sensibilidades bien dispares. El estilo de Rivas Groot es limpio, castizo y armonioso, lleno de gracia y de vitalidad, maestro en la descripción de paisajes y situaciones, tal como podemos apreciarlo en los capítulos que la crítica ha solido atribuirle con toda razón, y entre los cuales están *Gloria* y

Incendio, Otra vez las Rosas, La tempestad, A la Sombra de la Cruz. Hallará U. finalmente siete capítulos nuevos: Sacrificio, El Cristo de la familia, Caimanes y Cuervos, el Buque fantasma, Puerto Borja, La Herencia, Pax. Amigo affmo. L. Marroquín".

¹² José J. ORTEGA TORRES, "Anotaciones bibliográficas sobre don José María Rivas Groot", en *Páginas escogidas*, de José MARÍA RIVAS GROOT, Bogotá, Gráficas Salesianas, 1943.

duelo, *Las rosas de Castilla* y *La lámpara del santuario*¹³. En cambio, en la prosa de Marroquín son más evidentes sus cualidades narrativas, la agilidad con que mueve los personajes y, sobre todo, esa fina ironía con la que salpica graciosa y mordazmente las situaciones, tal como lo hace en capítulos como aquel del banquete que los amigos de la revolución le ofrecen al general Landáburu, en alguno de los hoteles elegantes de la capital. Nos atrevemos a decir, pues, que el estilo de Marroquín es mucho más plástico y más ágil, menos lírico y menos dado a descripciones de ambiente, vale decir, más novelístico que el de Rivas, aunque en ocasiones parezca un tanto descuidado y carente de la elegancia formal que distingue al de aquel.

En cuanto a la obra *Lo irremediable*, también escrita por ambos, en colaboración, no me atrevería a calificarla de drama, en el sentido esquiliano, sino más bien de tragicomedia, con visos de sainete, no exenta naturalmente de buenas dosis de humor negro y con inesperado final trágico. Fue estrenada con éxito en el Teatro de Colón de Bogotá, el 13 de mayo de 1905, por la compañía española de Martínez Casado y, posteriormente, traducida al francés y publicada en París por Roger y Chernoviz en 1907¹⁴. También tiene su intención política, por tomar como tema central un escándalo en la administración pública, relacionado con el pago de la deuda externa del país, el intento de especulación torticera con bonos de crédito, por parte de los validos del gobierno (posiblemente del de Rafael Reyes), y la consiguiente reacción popular. Seguramente algunos de sus personajes debieron corresponder a su realidad histórica (a la manera de las comedias posteriores de Luis Enrique Osorio) y, como de costumbre, los autores de la obra no dejan de ridiculizar ciertas tendencias literarias de corte modernista que estaban en boga (págs. 57, 58 y 59, edición de 1936), en cabeza del poeta Osvaldo (que bien po-

¹³ Ver José MANUEL RIVAS SACCONI, "Datos para la historia de *Pax* y sus autores", en *Pax*, Bogotá, edición del Círculo de Lectores, 1986.

¹⁴ *Ibidem*.

dría ser Guillermo Valencia), circunstancias éstas que debieron contribuir a su éxito de taquilla y comentario, puesto que la obra, en su estructura formal y en su mensaje, carece de las reconocidas calidades de *Pax* y ciertamente no puede colocarse entre lo más representativo del género dramático en nuestro país. Si nos hemos referido a ella en este trabajo, es por dos razones, bien ajenas a su valoración estética: la motivación política que fue reiterativa en sus autores y, también, por cuanto es, en cierta forma, un infortunado anticipo que ellos quisieron hacer del “plato fuerte” de su apetitoso “menú literario”, que es la novela *Pax*, al avanzarnos uno de los tópicos tratados en la misma, el de los “negociados de la administración pública”, que tanto debió conocer de cerca, por razones obvias, el llamado “hijo del ejecutivo”, señor Marroquín. Admirable la intención de crítica social y de hacer reír con ella a una sociedad tan solemne y tan rígida, como la bogotana de aquel tiempo, aunque a costa de la calidad estética, como suele a veces ocurrir en este tipo de creaciones literarias.

3. SU SIGNIFICADO EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Pero volvamos nuevamente sobre las características intrínsecas de la novela *Pax*, para poder determinar su importancia dentro de la literatura nacional. En realidad no se trata de una novela histórica, como lo han afirmado algunos, por cuanto lo histórico, así sea novelado, requiere cierta fidelidad a la realidad espacio-temporal que le es propia a esta categoría del conocimiento humano. Seguramente sus autores no tuvieron tampoco ese propósito. Lo que en realidad ellos se propusieron, y aparece bien evidente en la obra, fue hacer una *crítica social y política*, tomando para ello sus materiales del discurrir histórico, como quienes van a una inmensa cantera a extraer de ella las piedras que van a pulimentar a su antojo para colocarlas, también a su manera, en la construcción del edificio literario que se propusieron levantar. El tratamiento que le dieron a esos materiales, ex-

traídos de esa realidad histórica, fue el que corresponde a una obra concebida como una caricatura burlesca y cruel de situaciones y personajes. Lejos estuvieron, pues, de seguir las huellas de Walter Scott, Charles Dickens, Alejandro Manzoni y Finemore Cooper, precursores de lo que tradicionalmente se ha venido llamando “novela histórica”, género que curiosamente ha venido cobrando una gran importancia dentro de la actual narrativa contemporánea. No fue, pues, ese el propósito ni los resultados de los autores de *Pax*, quienes aplicaron su talento literario hacia la crítica aguda y mordaz, no exenta de sutilezas, en las que la pluma se convierte en estilete capaz de penetrar cruelmente en los más profundos tejidos sociales y en los más complicados meandros y secretos del espíritu humano.

Pero lo curioso en esta clase de obras es que, a medida que va pasando el tiempo, se van olvidando los nombres de las personas y situaciones ridiculizadas, y va quedando en el fondo de todo, desechada la escoria circunstancial del momento, la esencia prístina de aquello que dejó el talento estampado con indiscutibles visos de perennidad. Tal sucedió, guardando las debidas distancias y proporciones, con el *Quijote*. Todos sabemos que a Cervantes lo movió, al escribir su obra monumental, el deseo de vapular todos los libros de caballerías que se estaban produciendo, no solamente en España, sino en buena parte de los otros países cultos de aquel entonces, y que estaban invadiendo los mercados y las conciencias de aquel mundo encandilado por todos los Amadis, Esplandianes, Lancelotes, Tristanes, Florisandos, Palmerines, Lisuartes, Galaores y demás héroes desprendidos de la leyenda del Rey Artús y su Tabla Redonda, como del mismo entorno medieval que se negaba a morir en la realidad y que se empeñaba en echar raíces, también, en la imaginación de los hombres. Pasado el tiempo, se olvidaron aquellos propósitos cervantinos y su *Quijote* quedó allí, incrustado en el mundo del pensamiento universal, en el universo de las letras, brillando con la luz propia de su gran sabiduría libresca, en don Alonso Quijano, y de su sabiduría popular, en los refranes y aforismos

de su leal amigo y escudero Sancho. Pero, por sobre todo, en el inmenso océano de su prosa galana, en su arquitectura novelística, que le abrió y le sigue abriendo caminos a este difícil género que, en lugar de morir o decaer, se va fortaleciendo a través de los años. Lo mismo podríamos decir de tantas otras obras, ejemplos de literatura satírica, como el *Gulliver* de Swift, escrita para ridiculizar el relativismo filosófico de los ingleses de aquel tiempo; el *Cándido* de Voltaire, compuesto para mofarse del optimismo de cierta filosofía de su época; el *Tartarin* de Daudet, para postrar a los héroes de pacotilla, o *Las alegres comadres de Windsor* ideadas por Shakespeare para vapular la chismografía y la murmuración de las mujeres de ciertos pueblos y aldeas, cuya morfología social aún no ha desaparecido. Pero si se quieren ejemplos más próximos a *Pax*, como obra 'en clave', bastaría citar el *Gil Blas* de Lesage y *El Nabab* de Daudet, cuyos personajes descritos existieron en la realidad, fueron de carne y hueso, a tal punto que sus autores tuvieron que hacer aclaraciones exculpativas en las ediciones posteriores a la primera, para evitar seguramente las molestias que este tipo de literatura satírica suele traer consigo¹⁵.

De tal modo, pues, que, hoy por hoy, a más de ochenta años de haber salido la primera edición de *Pax*, ya casi nadie recuerda a los personajes satirizados en sus páginas, y a casi nadie le importa conocerlos. A la mayoría de ellos los borró el tiempo con su lengua de olvido hacia todo lo pequeño; y a los pocos que han logrado sobrevivir en la memoria colectiva del pueblo colombiano, los cubre su propia grandeza, preservada por los años y por la gratitud nacional. Ya a ningún lector desprevenido podría interesarle saber quién fue éste o aquel personaje. Estos quedaron como arquetipos humanos, despojados de sus correspondencias reales,

¹⁵ LORENZO MARROQUÍN. Ver nota inicial de *Pax*, en la cual éste, citando a Le Sage y a Daudet, dice que "en ella pone de presente que su novela no tiene clave, que sus personajes no deben ser identificados, que solo se ha propuesto hacer una obra literaria y, como dice Le Sage, *representar la vida tal cual es*".

circunstanciales y efímeras. Así ha quedado *Pax*, depurada de todo lo anecdótico, despojada de la pequeñez de las pasiones, porque el soplo del tiempo logró quitar el polvo de la mezquindad humana, dejando únicamente lo que realmente vale en esa obra, como producto de la capacidad creadora de sus propios autores.

¿Qué es entonces *Pax* y qué representa en el campo de nuestra literatura? Se trata, en realidad, de una novela diferente de toda la narrativa colombiana escrita hasta entonces (finales del siglo XIX), no solo por tratarse de una obra en clave, de una especie de sátira política, sino, principalmente, por su estructura de vanguardia, para la época, por su estilo de gran plasticidad, por el tratamiento dinámico dado a sus personajes, por el fino humor que destila cada una de sus páginas y por su enfoque profundamente colombiano que la anima. Esto último la acerca, indudablemente, a las novelas latinoamericanas que, hasta ese entonces, trataron de aproximarse a nuestras realidades sociales con sentido crítico, penetrando un poco dentro del alma colectiva o, al menos, de un sector, alto o bajo, de nuestras sociedades.

Pero, además, la novela *Pax*, representa una doble ruptura en nuestra novelística nacional y americana. La primera está en que ella se aparta considerablemente de los moldes europeos, inspirados en Lamartine, en Chateaubriand y en Víctor Hugo, y en todo ese impulso romántico que nos venía de ultramar y que tan funestas consecuencias dejó en nuestro panorama narrativo, carente de originalidad y dependiente de corrientes foráneas. La segunda ruptura está en que es la primera novela colombiana y una de las pocas latinoamericanas que ensaya lo que pudieramos llamar el "costumbrismo urbano". Ciertamente por sus páginas desfila el Bogotá de fines del siglo diecinueve, con sus calles, sus plazas, sus grandes centros sociales, sus gentes y, por sobre todo, su alta clase social, magistralmente retratada por Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, con todas sus costumbres, el esplendor de sus salones, sus bailes, sus diversiones, sus preferencias literarias y sus devaneos filosóficos, sus carreras de caballos y sus afi-

ciones por la ópera, sus paseos a las grandes haciendas sabanas y su devoción por sus antepasados de escudos, pergaminos y panoplias. Todo con tan morosa delectación, que don Marco Fidel Suárez, en su ya mencionado estudio, se refiere a “la índole casi sobrehumana de algunos personajes y a las tendencias exageradamente aristocráticas del libro”¹⁶.

De Balzac se dice, con toda razón, que logró dejarnos las mejores pinceladas de la burguesía parisiense de principios del siglo diecinueve. Solo que el insigne escritor francés fue un arribista que se embelesó con aquel mundo fastuoso, al cual nunca perteneció y al cual solo tuvo acceso como ocasional y desvalido visitante, en sus épocas de transitoria prosperidad económica. Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot, por el contrario, pertenecieron a esa clase social que estaban describiendo con afecto y con orgullo, y quizás por ello su testimonio nos resulta más espontáneo y fresco, en medio de sus prejuicios provincianos y sus pretensiones cosmopolitas. De tal modo que Balzac, sin proponérselo, adorando y adulando ese mundo al que siempre quiso pertenecer, pero con cierta distancia admirativa, nos dejó una pintura sangrienta, una representación grotesca, pues lo que a él le parecía maravilloso, dentro de sus esquemas arribistas, era ciertamente lo más falso y artificioso de aquella sociedad que cultivaba sus vicios con el arte sutil de los falsos hedonistas.

En este orden de ideas, la cualidad más protuberante de *Pax*, entre otras que tienen relación directa con el arte narrativo, es, sin lugar a dudas, su fidelidad en la descripción de los ambientes que le sirven de marco a la acción de los protagonistas, y su gran autenticidad en la presentación de las costumbres sociales de la época. Sus autores no tuvieron que esforzarse, ni hacer grandes despliegues de imaginación, ni utilizar afeites ni maquillajes, en la presentación de los

¹⁶ Ver MARCO FIDEL SUÁREZ, *Análisis gramatical de “Pax”, por un sobrino de don Ramón González Mogollón*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1907. También está incluido en *Obras de MARCO FIDEL SUÁREZ* (tomo I), publicadas por el Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1958.

escenarios y las costumbres. Los que, en verdad, aparecen distorsionados, son los personajes del mundo de la realidad, en su evidente proceso de transformación en personajes novelescos, pero sin salirse de los arquetipos humanos, conservando siempre las condiciones que les dan credibilidad y verosimilitud a los mismos. A pesar de las trasmutaciones, nunca podemos considerarlos como muñecos movidos por la imaginación de los autores o como marionetas cuyos hilos podamos detectar tras el tinglado. Por el contrario, las virtudes narrativas de sus autores, el conocimiento y manejo de la psicología y de las técnicas novelísticas utilizadas hasta entonces, a fuer de buenos lectores y críticos literarios, hace que aquellos personajes cuya sombra toman del mundo de la realidad, sigan respirando y caminando con vida propia, convertidos en personajes de novela, con otras características y comportamientos. Como en la alegoría de Platón, otras almas han venido a ocupar aquellos cuerpos y fisonomías, pertenecientes a aquellos que quisieron diriculizar. Pero si nos olvidamos de esta muy traviesa intención de sus autores, sin buscar correspondencias históricas, los personajes nos resultan tan auténticos en el mundo de la ficción, que podemos aceptarlos como verdaderos en el campo de las creaciones estéticas de la inteligencia humana.

4. «PAX» Y EL COSTUMBRISMO URBANO

Pero, además, hay algo que sociológicamente tiene un notable significado en la novela *Pax*. Es la presencia de Ramón Montellano, el hombre rudo, materialista, calculador, que ha logrado hacerse “por su propio esfuerzo”, es decir, el hombre sin prosapia, que con base en su trabajo, en su habilidad para los negocios, logra hacer una gran fortuna. Este hombre llega a la ciudad y, gracias a sus habilidades y truculencias de “ave de rapiña”, logra adquirir influencia en los círculos gubernamentales y, poco a poco, se va introduciendo en aquella sofisticada burguesía que, en el fondo, lo rechaza, pero que tiene que admitirlo a regañadientes, por la razón

de su gran poderío económico. La sociedad bogotana de la época vio en esta caricatura de la novela a un personaje de la realidad: Pepe Sierra, el antioqueño campesino, de modesto origen, arriero y trapichero en sus mocedades, pero con un gran talento para las finanzas que, instalado en la capital de la república, llegó a ser más poderoso que el estado mismo, pues frecuentemente solía sacarlo de apuros y aulagas, con sus famosos préstamos, con sus célebres remates de rentas, especialmente las relacionadas con la fabricación y venta de aguardiente, hasta ir creando una nueva clase social arribista y esnob: la llamada sarcásticamente “aristocracia del dinero”. Bernardo Jaramillo Sierra, quien además de ser su nieto y confidente, es, por ello mismo, su biógrafo más autorizado, nos cuenta que don Lorenzo Marroquín ridiculizó a don Pepe para “sacarse un clavo”, como vulgarmente se dice con cierto eufemismo, con el cual se quiere ocultar el fermentado mosto de algún resentimiento. Porque, según el biógrafo mencionado, hubo cierto enojoso incidente entre el presidente Marroquín y el magnate, a raíz de que aquel fue a pedirle a éste la mano de una de sus hijas para algún pariente cercano, tal como lo narra en el capítulo XIII de la biografía¹⁷. Ciertamente hay algo de esto en la novela *Pax*, algo como una sombra distorsionada de alguna amarga realidad, en aquellos episodios en que Lola, la hija de don Pepe Montellano, igualmente ridiculizada, es cortejada por alguno de los galantes aristócratas de la mencionada novela. De tal modo, pues, que don Lorenzo Marroquín no solo “se sacaba el clavo” en los campos de la política y de la literatura, como hemos visto, sino también en el de las enemistades y los resentimientos de orden familiar.

Pero, en realidad, no era ésta la única motivación para meter dentro de la novela a don Pepe Sierra. Su presencia en ella tiene un profundo significado sociológico, como antes lo observamos. Porque ella significa el registro, en nuestra

¹⁷ BERNARDO JARAMILLO SIERRA, *Pepe Sierra: el método de un campesino millonario* (capítulo XIII), Medellín, Editorial Bedout, 1947.

literatura, de la irrupción abierta y decidida de los empresarios pragmáticos, de origen modesto y a veces oscuro, que poco a poco, y gracias a su habilidad y sus talentos, se fueron tomando todas las posiciones directivas del país, desde las casas de préstamo y las agencias de propiedad raíz, hasta los ministerios, los organismos rectores de la cultura y las directivas de los clubes y centros sociales. La presencia de Pepe Sierra, con todo su poderío económico y su influencia política, como auténtico representante de esa nueva “clase emergente”, fue oportunamente advertida por esa alta burguesía bogotana, que empezaba su declive ante la incapacidad de asimilarse al cambio de la economía agrícola-feudal por otras formas de producción económica, en las que el desarrollo industrial y financiero empezaba a tomar verdadero impulso y a producir protuberantes mutaciones en las costumbres comerciales y sociales. “Usted asciende y yo desciendo”, le dice el aristócrata Roberto Ávila al rudo Montellano en un arranque de despecho, al verse ultrajado por este como pretendiente de su hija Dolores¹⁸.

Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot captaron con precisión la magnitud del fenómeno, avisaron el peligro del desplazamiento de su clase en la escala de los valores económicos, sociales y políticos, y no vacilaron en satirizar, en cabeza del prepotente magnate antioqueño, a todos estos nuevos empresarios, a todos los “Pepes Sierras” que empezaban a levantarse de la polvoreda de las guerras civiles y de las crisis económicas y que, en breve tiempo, terminarían por apoderarse del país. Ello fue posible mediante el aprovechamiento de las nuevas tecnologías, los frecuentes cambios de gobierno, los remates de rentas de las sucesivas administraciones políticas abocadas a la ruina y a la inestabilidad, las llamadas “danzas de los millones”, que fueron flor de un día, y, finalmente, los grandes conflictos mundiales, todo lo cual hizo posible que los arrieros y caporales de otras épocas, se convirtieran, gracias a su esfuerzo, a su talento y a su audacia, en los prósperos creadores de todas nuestras

¹⁸ Ver capítulo XXVII de la novela *Pax*, en el que se desarrolla el diálogo aludido.

grandes industrias y en los hábiles gestores de las gerentocracias que impulsaron el desarrollo del país, hasta sacarlo de ese sueño medieval, de ese feudalismo retardatario que padeció durante varios siglos. Por todo lo cual resulta exagerada la caricatura que de esa clase empresarial hicieron los autores de la novela, en la persona de Montellano, presentando con mayor énfasis su chabacanería, sus truculencias y su apego a los bienes materiales, que su indiscutible dinamismo y su gran capacidad para impulsar el desarrollo del país. En realidad, el arquetipo humano escogido, con toda su prepotencia y su rudeza, no logra despertar siquiera una leve sonrisa, dentro de los esquemas de lo grotesco y lo ridículo, sino más bien un sentimiento de rechazo. Pero lo curioso de todo ello es que, pasado el tiempo, cuando ya nadie recordaba que el famoso Montellano era el famoso Pepe Sierra de la vida real, por una de esas inexplicables ironías de la vida, la misma clase social que solía ridiculizarlo, terminó por bautizar una de las avenidas importantes de Bogotá con el nombre del magnate.

CONCLUSIÓN

Para terminar, diremos que *Pax* es una novela de “gran-clase”, no solo en el sentido literario, sino en el sentido social: es la novela de la alta burguesía bogotana. Pero, además, inauguró una nueva etapa en la literatura colombiana: la del “costumbrismo urbano”. Se anticipó, por lo menos en medio siglo, a un gran novelista que también dejó profunda huella en nuestra literatura nacional: José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964), a quien algunos consideran, equivocadamente, como precursor del género, por sus valiosas contribuciones al mismo, tales como *Barranquilla 2.132*, *La casa de vecindad*, *El criminal*, *Hombres sin presente*, *El pantano* y *El día del odio*, publicadas todas ellas entre 1929 y 1952. Aunque no creo que en este país, de más de cinco mil aldeas, la novela de ciudad sea una superación literaria, hay que declarar, en honor a la verdad, que desde fines del siglo

pasado tenemos varias muestras representativas del género. Pero en realidad, ninguna tan bien lograda como *Pax*. Al lado de ella, y de la misma época, solo podríamos colocar a *Diana Cazadora* de Clímaco Soto Borda. Sin la fuerza y sin los altos méritos literarios de aquella, ésta tiene la ventaja de que se refiere a todas las clases sociales del Bogotá de fines del siglo diecinueve, desde el aristócrata de cuello blanco hasta la prostituta y el perdulario, todos mezclados en torno a una trama turbulenta que tiene lugar en los bajos fondos capitalinos. En este sentido, *Diana Cazadora*, escrita en 1900 y publicada por primera vez en 1915, es un buen complemento para tener una excelente visión de conjunto sobre las costumbres y la vida social de esta que presuntuosamente han llamado la Atenas Suramericana.

Vale la pena que los historiadores y los críticos de nuestra literatura nacional vuelvan sus ojos hacia estas dos novelas precursoras del "costumbrismo urbano", sin prejuicios de ninguna naturaleza. Porque es verdaderamente preocupante que esta labor de rastrear nuestras fuentes literarias haya caído, en los últimos años, con muy pocas y honrosas excepciones, en manos de algunos críticos improvisados que suelen dejar de lado las novelas por las novelerías de última hora. Hay que reaccionar contra esta clase de facilismo crítico y de esnobismo simulador de cultura. Hay que volver, pues, a desempolvar los estantes de las viejas bibliotecas, menospreciados por los devoradores de *best-sellers*, para hacer la evaluación justiciera de lo que hemos recorrido en el camino de la creación literaria, en más de cien años de esfuerzos y realizaciones. En el caso de nuestra novela *Pax*, el paso del tiempo la ha venido despojando de su condición de *sátira política*, tal como ha sucedido con otras tantas novelas similares de valor universal. Dicha condición, que la hizo en extremo controvertida, ha desaparecido por completo, quedando únicamente lo que permanece indemne a través de los tiempos. Quizás ahora sí, después de tantos años de depuraciones y olvidos, la crítica nacional le dé el tratamiento que merece y los promotores de nuestra cultura le den la difusión

adecuada, dentro y fuera del país. Porque, como bien lo dijo el humanista y crítico Luis Alberto Sánchez, *Pax* “debe figurar entre las primeras novelas del continente”¹⁹. Claro que para analizarla, no puede olvidarse el contexto social dentro del cual fue escrita, porque la crítica literaria, para serlo, tiene que ser necesariamente el ojo alerta, inteligente y libre, que registre todas las pulsaciones y los movimientos de la palabra escrita, como espejo de las cambiantes realidades sociales.

EDUARDO SANTA.

B I B L I O G R A F Í A

- ALBORNOZ, CURRITO, “Pax, el lastre de la malevolencia”, en *El Republicano*, Bogotá, 28 de mayo de 1907.
- ANDRADE GONZÁLEZ, GERARDO, “Pax, novela costumbrista y psicológica”, en *Semanario Dominical de El Siglo*, Bogotá, 21 de abril de 1907.
- ARCINIEGAS, GERMÁN, Prólogo a *Pax*, Bogotá, Ediciones Círculo de Lectores, 1986.
- BEJARANO DÍAZ, HORACIO, “La nueva edición de la novela *Pax*, en *Boletín de la Academia Colombiana*, Bogotá, tomo XXXVII, núm. 158, octubre-diciembre de 1987.
- BERMÚDEZ, JOSÉ ALEJANDRO, “Lorenzo Marroquín”, en *Santa Fe y Bogotá*, año IV, tomo VII, núm. 41, mayo de 1926.
- CAMACHO CARRIZOSA, GUILLERMO, “No tanto celo”, en *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 8 de junio de 1907.
- CAMACHO CARRIZOSA, GUILLERMO, “Pax”, en *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 21 de abril de 1907.
- CASTILLO, EDUARDO, “Los precursores del modernismo”, en *Poesía y prosa de José Asunción Silva*, Bogotá, Colcultura (Biblioteca Básica Colombiana), 1979.
- CORTÁZAR, ROBERTO, *La novela en Colombia*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1908.
- CURCIO ALTAMAR, ANTONIO, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Colcultura (Biblioteca Básica Colombiana), 1975.

¹⁹ LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, “Proceso y contenido de la novela hispanoamericana”, Madrid, Gredos, s. f.

- DEL CORRAL, JESÚS, "Cazando en predio ajeno", en *El Republicano*, Bogotá, 10 de septiembre de 1907.
- DEL CORRAL, JESÚS, "Pax, paciencia y muerte con penitencia", en *El Republicano*, Bogotá, 9 de agosto de 1907.
- GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO, "José María Rivas Groot", en *Páginas Escogidas*, de JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, 1943.
- GÓMEZ CORENA, PEDRO, "Lorenzo Marroquín", en *Sábado*, Bogotá, 30 de junio de 1945.
- GONZÁLEZ QUINTANA, FRANCISCO, S. I., Prólogo a *Pax*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945.
- GONZÁLEZ RODAS, PUBLIO, "Orígenes del modernismo en Colombia", en *Poesía y prosa de José Asunción Silva*, Bogotá, Colcultura (Biblioteca Básica Colombiana), 1979.
- HOLGUÍN, ANDRÉS, *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, Bogotá, Tercer Mundo, 1979.
- INOCENTE, ABEJORRO (pseud.), "Cartas de Abejorral", en *El Republicano*, Bogotá, 22 y 31 de octubre y 6 y 18 de noviembre de 1907.
- JARAMILLO SIERRA, BERNARDO, *Pepe Sierra: el método de un campesino millonario*, Medellín, Bedout, 1947.
- LEMAITRE, EDUARDO, *Panamá y su separación de Colombia*, Bogotá, Editorial Iqueima.
- Mc GRADY, DONALD, "Una caricatura literaria de José Asunción Silva", en *Poesía y Prosa de José A. Silva*, Bogotá, Colcultura (Biblioteca Colombiana), 1979.
- Mc CRADY, DONALD, *Sobre una alusión literaria en la novela "Pax"*, separata de la *Revista Iberoamericana* (Pittsburg), XXIX, núm. 55 (enero-junio de 1963).
- MALLARINO, MANUEL MARÍA, *Pax*, en *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 10 de mayo de 1907.
- MARROQUÍN, LORENZO, y RIVAS GROOT, JOSÉ MARÍA, *Lo irremediable*, Bogotá, Editorial Minerva (Biblioteca Aldeana de Colombia), 1936.
- MARROQUÍN, LORENZO, y RIVAS GROOT, JOSÉ MARÍA, *Pax*, Bogotá, Círculo de Lectores, 1986.
- MAYA, RAFAEL, *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana*, Bogotá, Voluntad, 1944.
- NAVIA, MIGUEL, Prólogo a la segunda edición de *Pax*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1907.
- NIETO CABALLERO, LUIS E., "La crueldad de Fernández", en *Escritos escogidos* (tomo II), Bogotá, Banco Popular, 1984.

- NIETO CABALLERO, LUIS E., *Diana Cazadora*, en *Escritos escogidos* (tomo IV), Bogotá, Banco Popular, 1984.
- ORJUELA, HÉCTOR, *Fuentes generales para el estudio de la literatura colombiana*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1968.
- ORTEGA TORRES, JOSÉ J., "Anotaciones bibliográficas sobre don José María Rivas Groot", en *Páginas escogidas*, de JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT, Bogotá, Editorial Gráficas Salesianas, 1943.
- OSPINA, JOAQUÍN, *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia* (3 vols.), Bogotá, Editorial Águila, 1939.
- PALACIO, JULIO H., "Una empresa y una novela", en *El Tiempo*, Bogotá, 4 de febrero de 1945.
- PALACIO, JULIO H., "Pax y uno de sus críticos", en *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, 2 de julio de 1907.
- PALACIO, JULIO H., "Pax es guerra", en *El Correo Nacional*, Bogotá, 11 de julio de 1907.
- PÉREZ ORTIZ, RUBÉN, *Seudónimos colombianos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1961.
- POLADES Y ORESTES (pseud.), "Pax y la familia del doctor González Mogollón", en *El Republicano*, Bogotá, 6 de septiembre de 1907.
- PORRAS COLLANTES, ERNESTO, *Bibliografía de la novela en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1976.
- RIVAS SACCONI, JOSÉ MANUEL, "Datos para la historia de Pax y sus autores", en *Pax*, edición del Círculo de Lectores, Bogotá, 1986.
- SÁNCHEZ, LUIS ALBERTO, *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*, Madrid, Gredos.
- SÁNCHEZ LÓPEZ, LUIS MARÍA, *Diccionario de escritores colombianos*, Bogotá, Plaza y Janés, 1982.
- SANTA, EDUARDO, "La guerra de los mil días", en *Historia de Colombia*, Bogotá, Salvat, 1977 (págs. 1463 y 1483).
- SANTA, EDUARDO, *Rafael Uribe Uribe: un hombre y una época* (4ª ed.), Medellín, Bedout, 1974.
- SOTO BORDA, CLÍMACO, *Diana Cazadora*, Bogotá, Mineducación (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1942.
- SUÁREZ, MARCO FIDEL, *Análisis gramatical de "Pax", por un sobrino de don Ramón González Mogollón*, Bogotá, Imprenta de La Luz, 1907.
- VERGARA Y VELASCO, FRANCISCO JAVIER, *Un nuevo escritor militar: "Pax" y el arte de la guerra*, Bogotá, Imprenta Eléctrica, 1907.
- (ANÓN.) *Pax*, en *El Correo Nacional*, Bogotá, 16 de abril de 1907.
- (ANÓN.) "Pax y la opinión pública fuera de la capital", en *El Republicano*, Bogotá, 30 de julio de 1907.